

El surgimiento de las revistas científicas corre parejo a la aparición de las primeras universidades y a la invención de la imprenta moderna (1449). El principal cometido de estas no solo consistía en la acumulación de conocimientos, sino en la difusión de los mismos. Ese propósito divulgativo, nosotros diríamos de transmisión, es el que vincula las publicaciones periódicas científicas con revistas como la que hoy presentamos. Ahora bien, si aquellas quedan adscritas al discurso universitario y se postulan, las más de las veces, como vehículo de comunicación de un saber cerrado y conclusivo, la revista *El psicoanálisis*, por centrarnos ya en el tema que nos emplaza, ofrece contenidos alrededor de las líneas maestras de la teoría lacaniana y de su práctica, pero problematizándolos y ensanchándolos a partir de los numerosos *callejones sin salida* (expresión tan querida para Lacan) con los que nos vamos encontrando. Un agujero en el saber que hace decir a Miller, en el “editorial” del primer número de la revista (2001), que “No hay todo de la Escuela (...) de ello deriva paradójicamente, el único enunciado capaz de colectivizarla: la que la nombra no toda”. Es ese no-todo lo que sirve de resorte al discurso del analista.

En torno a lo imposible de decir gira el esfuerzo de los testimonios de los AEs y de la llamada Escuela del pase, guiados ambos por un deseo de transmisión y de enseñanza. El segundo bloque de este número está constituido por una serie de textos recogidos bajo el título “Elucidar la Escuela” que se hacen eco, tanto desde un punto de vista clínico como conceptual, de este importante fundamento: el pase. Se trata de un apartado, no sé si voluntariamente simétrico, compuesto por tres testimonios de AEs en ejercicio, seguido del Informe del cartel del pase (D8) y que tiene como broche tres intervenciones que formaron parte de la décimo tercera Conversación de la Escuela en torno al tema “Las elecciones del analista”.

Está fuera de mi propósito, y de los márgenes temporales con los que contamos, malograr el contenido de estos trabajos o repetir lo que muchos de vosotros habréis leído ya o tendréis ocasión de hacer. Por esa razón me limitaré a ofrecer algunos *flashes* que darán cuenta, espero, de mi lectura y de mi posición frente a estas producciones.

El testimonio de Antonella del Mónaco trae al pie de la letra muchos dichos (suyos, del analista, del Otro) y es muy rico en detalles: significantes amo y los efectos que estos han tenido sobre el cuerpo, gran volumen de materia onírica, la construcción y atravesamiento del fantasma, la sombra del objeto sobrevolando y transformándose, diríase incluso que sigue cierta lógica temporal. Trabajo minucioso y detallado este, comentado por Miquel Bassols, de muy distinta naturaleza a los que lo preceden, quizá

efecto de ser un primer testimonio que todavía no se ha visto *atrapado* por la repetición, repetición que, como afirma Anna Aromí en su texto, hace avanzar, pero también puede llegar a aburrir incluso al mismo AE. Tanto la exposición de Aromí como la de Santiago Castellanos constituyen un buen ejemplo de la armónica imbricación entre testimonio (del recorrido, del final de análisis y de cómo llegaron al pase) y teoría, esta última bien como marco conceptual, bien como muleta para la transmisión de lo que se quiere testificar o esclarecer.

Santiago Castellanos sitúa el foco en la noción de goce, topografiándolo, podríamos decir, y haciendo un recorrido desde su versión fálica, articulado entonces al sentido y, por tanto, permeable a la elaboración simbólica (lo relativo al fantasma y al síntoma desde ese ángulo logra mayores índices de transmisión, lógicamente) hasta el goce no-todo, impropriamente adjudicado solo a la posición femenina, encubierto o más bien opaco, y también concentrado en el fantasma y el síntoma, máquinas infatigables, como sabemos, de producción de goce.

El texto de Anna Aromí incide en la ligazón que para ella tiene el testimonio y el *sinthome*, con especial hincapié en la articulación Escuela-nominación-invencción-escritura. A mi modo de ver, su intervención, así como la de Castellanos, está mucho más depurada de anécdotas, de literalidad, de sentido, de historia en fin, que la de Antonella, aunque todas atesoran una enseñanza que adviene desde distintos lugares y cuya extracción y aprehensión corresponde al receptor.

Si hay una pregunta que hace agujero en la Escuela es la que interroga sobre qué es, cómo se produce y cómo opera un analista. Las tres intervenciones circunscritas a la Conversación que recoge este número versan sobre dicho asunto, centrando la cuestión en uno de los pilares de la formación: el control. Como afirma Félix Rueda *el* psicoanalista no existe, pero sí los psicoanalistas.

Se lleva a supervisión un caso con el que el analista tropieza en algún punto, como nos ejemplifica Araceli Fuentes, pero en el que el mismo practicante está, o puede estar, implicado de algún modo. Ella, después del pase, tuvo que *elegir* e inventar una nueva forma de control, tuvo que *reengancharse* a esa práctica, como dice, y poner a prueba el deseo del analista y su puesta en acto. El control no es solo para analistas con escasa experiencia clínica en tanto que frente a lo real siempre somos debutantes y “la fulgurancia del acto nunca está asegurada”. De esta idea también se encuentran resonancias en los trabajos de Félix Rueda y Hebe Tizio. El analista no solo es un principiante frente a lo real, sino también frente al psicoanálisis mismo. Él es resto de la

operación analítica y en el control no solo prueba su desobjetivación en el dispositivo analítico, no solo da cuenta del franqueamiento de su fantasma para poder alojar los decires del analizante, sino que también verifica el lazo que lo une al psicoanálisis y a la Escuela. El analista es el agente del discurso analítico porque está anudado sintomáticamente al mismo, nos dice Hebe, lo que nos vuelve a colocar frente a ese par *sinthome*-Escuela del que hablaba Anna Aromí; lo que está en juego ahí es continuar trabajando el síntoma, ahora por la vía de la transferencia de trabajo. El control, pensado desde esa perspectiva y con la Escuela como horizonte, además de poner a examinar la propia práctica, supervisa las producciones fruto del trabajo (pensemos en el pase, pero también en los carteles, sin ir más lejos), prueba de que la transferencia sigue trabajando el síntoma y sosteniéndolo.

He dejado para el final mis impresiones sobre la lectura del informe del cartel del pase ya que, a diferencia del tipo de texto que forman este bloque, a los que he podido acercarme bien mediante la lectura, bien mediante la escucha de un testimonio en vivo, debo decir que es la primera vez que me aproximé a un *documento* de esta naturaleza, quizá por mi renuencia al mismo significante “informe”. Y debo decir que me ha sorprendido. ¿De dónde vino la sorpresa? De lo vivo del escrito y del esfuerzo de transmisión. Para mí ha resultado pasmoso el trabajo y la dedicación de los miembros del cartel que deja translucir este breve pero intenso texto: el tiempo de escucha, las horas de discusión y, sobre todo, el afinamiento y el denuedo por detectar el potencial de enseñanza en los testimonios de los pasantes tras escuchar a los pasadores, pues como el más-uno de este cartel señala (Guy Briole), puede haber fin de análisis (lo que puede implicar la cimentación de un saber construido y eficaces soluciones *sintomáticas*), sin que podamos hablar de pase, que estaría más del lado de una ganancia de saber marcada por un menos al final, un fuera de sentido.

Otro aspecto sorpresivo para mí ha sido la constatación de las *disconformidades* de algunos pasantes no nominados finalmente: desconfianza hacia los pasadores, en algunos casos formalizadas mediante la redacción de memorias escritas dirigidas directamente al cartel (obviando el rasgo de oralidad que marca el dispositivo y soslayando, pues, la intervención de los pasadores). Por otro lado me ha hecho pregunta la discrepancia con la no nominación y la consecuente decepción de algunos pasantes, así como el emplazamiento del pasante a su analista como *garante* que *interceda* ante la opinión, negativa, claro, del cartel.

El hecho de que el informe incluya, del mismo modo que los testimonios a los que dará lugar, articulaciones teóricas (pienso en las reflexiones en torno a la extracción del objeto que hace Estela Paskvan) y pequeñas viñetas o fragmentos del testimonio que alumbran sobre determinado aspecto (destaco, por ejemplo, el momento de concluir en que una pasante ofrece a su analista un cuadro en el que se representan objetos tachados y que este coloca a la vista de todos en la sala de espera) también ha sido fuente de sorpresa. Como lo ha sido para mí la singularidad que atraviesa todo el informe, tanto desde el lado de los aspirantes como del de los componentes del cartel. El caso más significativo es el de Anna Aromí, que a diferencia del resto, abandona el relato impersonal y abraza la primera persona del singular para incidir en el agujero sobre el que se asienta la Escuela, el agujero como Otro del pase y la importancia de la enseñanza.

En definitiva, y con esto termino, este informe del cartel ha sido para mí todo un hallazgo, digo hallazgo, encuentro, por todo lo que he ido mencionado, aunque debería decir reafirmación, reafirmación de que, con sus impasses, sus paradojas y sus embrollos, allá donde mire –casos, control, cárteles, pase y Escuela– avance por donde avance, hay algo que garantiza, siempre que esté en circulación, la persistencia del psicoanálisis y es, precisamente, ese tan mencionado agujero alentado continuamente por el deseo del analista y su Escuela.

Rosa Durá Celma  
rosa.dura@uv.es